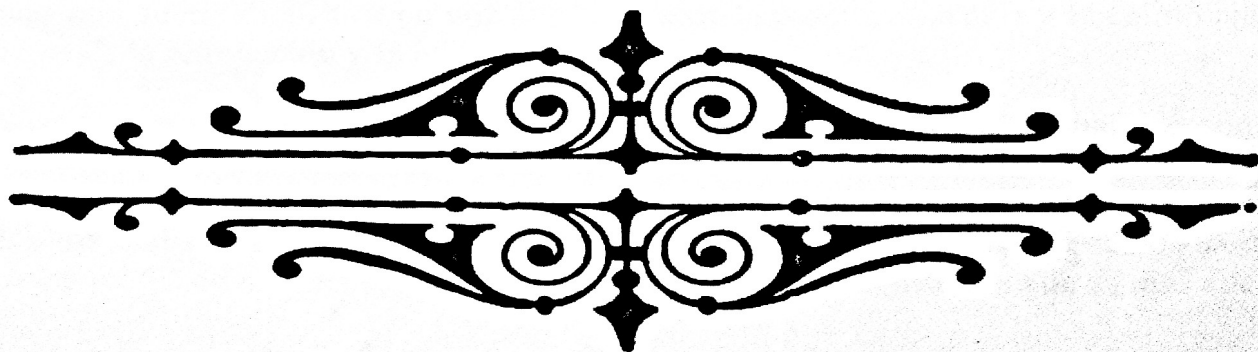


FUNDACIÓN CENTRO PSICOANALÍTICO ARGENTINO
Coordinación general: Rogelio Fernández Couto

JOSÉ GRANDINETTI

**EL “PASO ATRÁS”, LA RETROACCIÓN Y
LA AFIRMACIÓN DEL ACTO ANALÍTICO**



EL “PASO ATRÁS”, LA RETROACCIÓN Y LA AFIRMACIÓN DEL ACTO ANALÍTICO

JOSÉ GRANDINETTI

Desde el tiempo en que diera mis primeros pasos en la lectura de Sigmund Freud y Jacques Lacan, y gracias a la generosidad “ocasionante” del estimado Raúl Sciarretta, el encuentro con la palabra de Heidegger me ofrece, aunque no a la mano –ya que esto no ocurre sin un trabajo de discernimiento– la oportunidad única cada vez, de hallazgos fructíferos para mi ininterrumpida labor analítica. De estos constantes “comienzos” de lectura es en parte responsable la renovada invitación que desde hace ya varias décadas propicia Rogelio Fernández Couto, vaya entonces para él también mi agradecimiento.

En tanto que el acto analítico implica fundamental y fundamente al psicoanalista, es que solicito a aquellos que se hallen presentes sepan disculpar una presentación que dados los pocos minutos con los que cuenta, apenas será balbuceantemente conceptual. A los concernidos por el psicoanálisis, aunque no se trate de analistas, solicito la tolerancia y la clemencia necesaria respecto de algunos conceptos que solo podrán indicarse sin exponer su desarrollo. Permítanme entonces esta suerte de pensar en voz alta acerca de la correspondencia y la coimplicancia del “paso atrás”, la retroacción y la afirmación del acto analítico.

Digamos en primer término que no tenemos por qué homologar acto analítico con “acción y reacción”, mucho menos con el denominado “arco reflejo”. Entre paréntesis, recordemos que si algo del arco se pone en evidencia es el referido al arco de la pulsión del que seguramente ustedes, los analistas, tienen suficiente evidencia. Respecto del reflejo, las coordenadas trazadas por Lacan en “El estadio del espejo” aportan sin dudas una localización que va más allá de todo

principio, estímulo-respuesta.

El “acto” no implica necesariamente movimiento, o dicho de otro modo, el movimiento no es motor del “acto”. Aquí valdría la pena echar mano a los trabajos de Sandor Ferenczi sobre la llamada por él “terapia activa”, y considerar los aciertos y los desaciertos de eso que propuso como “actividad del analista”. Nadie duda del talento y del tacto de ese discípulo de Freud, de quien podríamos decir que fue el primero en sentar a los psicoanalistas en el banquillo de las preguntas, y en esta oportunidad respecto de las particularidades de una práctica arrojada a la pereza y al “confort intelectual”, que como nos recordaba Lacan, es el peor de los confort. Momificaciones, tics, y cuándo no, muecas que protegían al analista del “horror al acto” en la asegurada jaula de un llamado encuadre que no dejó de serlo pese a la insistencia de ese pio-nero húngaro que puso también a la vista cierta intolerancia (la suya) al tiempo “significante del objeto a”. Aquí dejo para la consideración de ustedes, cuánto de ^{IDENTIFICACIÓN} consideración absoluta al objeto a guarda esa “práctica activa”, que bordea el *acting-out* del analista. Digamos al pasar que Ferenczi pretendió combatir la “maquinación” del analista, su congelamiento, con la his-terización, no del discurso del analizante sino del analista. Volveremos a este punto cuando intentemos anunciar los peligros que en tanto posibilidad habitan en cada uno de los cuatro discursos. Intolerancia a un “tiempo lógico” que Lacan despliega en el “Acerto”, me refiero al trabajo titulado “El tiempo lógico y el acerto de certidumbre anticipada”. Tiempo caracterizado por una tripartición que no podemos dejar de pensar en relación a la posición del analista, especialmente al hablar del “acto analítico”. Podríamos arriesgar la idea y decir: “Instante de ver”, “tiempo de comprender” y “momento de concluir en el acto”.

Temporalidad cuya retroacción permitirá dimensionar al acto analítico “*nachträglich*”, “*après-coup*”. Momento lampo de la castración. Un relámpago que soporta el nombre de cada uno.

No se trata de confundir la retroacción con el *après-coup*, pero sí de situarla en tanto acontecimiento de “Lalengua”. La retroacción entonces en tanto condición de posibilidad del *après-coup*. Una suerte de llamada hacia atrás. Un pasaje de “Ser y tiempo” me permite – y tal vez me equivoque – situar esa llamada en tanto significante proveniente de lo real y decir, repitiendo a Heidegger: “La llamada abre el poder-ser, como el poder-ser en cada caso aislado de cada *Da-sein*. El carácter aperiente de la llamada no quedará plenamente determinado sino cuando ella sea comprendida como una provocante llamada hacia atrás, solamente cuando se le comprenda de esta manera será posible preguntarse qué es lo que ella da a entender.”

En consonancia, en una de las clases del *Seminario 15*, acerca del “acto analítico”, leo en Lacan que luego de preguntarse acerca de qué es para el psicoanalista el acto y cuál es su parte en él, y sin dejar de dirigirnos al acto sintomático tal como Freud lo desarrolla en *Psicopatología de la vida cotidiana*, dejará bien asentado que aun en tales acciones accidentales o sintomáticas no se tratará jamás, más que de la dimensión significante establecida como constitutiva de todo “acto”. Afirma por si quedan dudas, que no hay nada en esos capítulos freudianos concerniente al acto que no sea planteado como significante. Agregando también que “Si el acto está en la lectura del acto, que la lectura sea sobreañadida, sea *nachträglich*, es lo que le otorga su valor.”

Es en este pasaje donde sitúa también cierta correspondencia de Heidegger con Freud. Algo que cinco años atrás pudo definir como “paso al significante”. Paso al significante que no puede desarticularse de la subversión del sujeto, la caída del “sujeto-supuesto-saber” y la posición de semblante de objeto *a* en el discurso del analista. Como inevitablemente volveremos a citar estas cuestiones, voy a detenerme tan brevemente como me sea posible en la referencia de Lacan al acto fallido o sintomático en Freud para que recordemos que en el acto fallido cuenta principalmente “lo fallido”, su carácter sintomático. Su verdad acerca del sujeto dividido y el objeto-*a* de su división. En la falla, pulsa, vive y vibra un tramo de singular verdad, “*Alétheia*” que se trama en esa grieta, en ese síntoma. Estos actos expresan al decir de Freud “algo”, un plus (“*a*”), que ni el mismo acto sospecha que exista en él. Indicamos nuevamente el valor de la retroacción como condición de posibilidad del llamado *après-coup*. El “momento de concluir”, la consagración del acto potenciará el “instante de ver”, haciendo que ese plus, ese “algo” del que nos hablaba Freud pueda leerse. Digamos si quieren que no hay acto analítico sin una lectura en, y del acto. Nos referimos a los dos tiempos de la estructura del acto implicando cada uno de ellos a los dos tiempos de la posición analítica, o si se prefiere, tal como lo plantea Lacan, a los “dos analistas”, uno que hace el acto sin pensar, y otro que “lee” las consecuencias de ese hacer, que parafraseando a Henry Corbin es “hacer acto de presencia en acto” del haberse hecho hacer objeto *a* con el objeto *a* del analizante. Acto de presencia en tanto semblante del objeto *a*, causa del deseo. Un analista que hace el acto y otro (que desde ya no es otro analista, a menos que tomemos al análisis de control o supervisión escolarmente), y otro decía que pueda discernir, dilucidar, esto es desembocar en alguna pregunta acerca de las vicisitudes de su obrar. Obrar que implica una “decisión” siempre y cuando esta pueda ser considerada teniendo presente no solo el peligro de su banalización sino también su abuso y su desgaste. Vaya entonces una cita de Heidegger extraída de su trabajo sobre Nietzsche (Tomo 1), que nos servirá, creo, para poner en relación decisión y escisión en el sentido más netamente psicoanalítico de una decisión que se decide en el acto y una escisión (*Spaltung*) del sujeto obrada por el objeto *a*: “La capciosa palabra ‘decisión’ ya casi desgastada por el uso, suele usarse hoy en día preferentemente cuando ya todo está hecho tiempo decidido o por lo menos se lo toma como tal. El abuso casi increíble de la palabra ‘decisión’ [*Entscheidung*] no puede disuadirnos sin embargo de conservarle ese contenido en virtud del cual está referida a la escisión [*Scheidung*] más íntima y a la distinción [*Unterscheidung*] más extrema”. Se tratará entonces de un “abrirse a las preguntas” que derivaron del “actuar” el acto. Y ahora sí, “dejar hablar al acto” con otro analista, en posición de supervisor. Un “dejar hablar al acto”, que por supuesto implicará eso que Lacan llamó manipulación de la transferencia. No hay acto analítico —y lo subraya— fuera de esa manipulación tomada como referencia. Cómo olvidar, por otra parte, que el psicoanalista opone el más furioso desconocimiento al acto analítico. Olvido, que cuando ocurre, y nos ocurre a todos y a cada uno de los analistas, nos recuerda que de lo que se trata es de la “entificación del sujeto-supuesto-saber” al igual que de la “objetivización” del objeto *a*.

Lo que se trata de comprender (recuerden que a menos que lo anuncie, las referencias de lectura son al seminario del “acto”) dice Lacan, no es la legitimización de la transferencia en una referencia que fundaría la objetividad, esa especie de señorío, de superioridad en la posibilidad de objetivar, sino darse cuenta que no hay “acto analítico” sin referencia a la transferen-

FUNDACIÓN CENTRO PSICOANALÍTICO ARGENTINO

Coordinación general: Rogelio Fernández Couto

cia. Un psicoanálisis no podría instaurarse sin el acto del psicoanalista, y la tarea analizante se inscribe en el interior-exterior de ese "acto" que es el psicoanálisis.

El acto analítico requiere como condición necesaria una suficiencia que no es la del analista, sino la de una tarea que no es sin él, requiere, decía, de una abdicación del señorío yoico y sus veleidades, para encomendarse, dejarse llevar a la buena de una deriva del lenguaje que implica un "Otro pensar".

Por otra parte digamos que si el acto, en cualquiera de sus formas, no habitase "Lalengua", se reduciría, tal como ocurre en el mundo del animal –y de allí su pobreza de mundo–, a una forma de eliminación que según Heidegger caracterizaría a su conducta. Conducta que se definiría por un "eliminar", que puede ser un "aniquilar", devorar o eludir. Es sorprendente que el ejemplo utilizado por Heidegger para dar cuenta de ese "eliminar" propio de la conducta del animal se refiera a la desaparición del carácter sexual, tras la copulación. Permítanme aventurarme a decir que mientras la acción conductual del animal aniquila la sexualidad, el acto del hablante-ser la instaure más allá de cualquier idea genital de acomplamiento. Me tomo el atrevimiento de recomendar a los analistas las lecturas de esas lecciones dadas por Heidegger en 1929/30 en Friburgo y que fueran publicadas bajo el título de *Conceptos fundamentales de la metafísica* con el conmovedor subtítulo de "Mundo, finitud, soledad". En el capítulo 4 de esa obra encontrarán no solo consideraciones que pueden servir de referencia a la diferencia entre acto y movilidad, que no confundimos con "ocasionar" o "conmover", sino también consideraciones atinentes a la empatía y por supuesto al tema de la transposición y su accesibilidad, que si bien no se pronuncian respecto a la transferencia analítica, no deja de ser esa introducción en un sentimiento (*Einführung*) el posible hilo conductor de una cadena de teorías que Heidegger considera equivocadas acerca de la relación del hombre con otro hombre.

Otro tanto podría decirse de su crítica al "personalismo" y particularmente al fracaso de Scheler en su intento por definir el ser de los actos y del actor de los actos, temas estos tratados en su curso de Marburgo en 1925, publicados con el título de *Prolegómenos para una historia del concepto de tiempo*.

Aunque parezca una verdad de "don Perogrullo" no me parece ocioso recordar, que solo en la casa del hablante-ser pueden desplegarse asuntos tales como el acto analítico, el acting-out, o el pasaje al acto, dado el fundante hecho de que allí desde el comienzo el habla, habla. Recordemos que es ese hablar hecho fundamentalmente de denegación y de silencio el que llama al analista al acto. A lo más inicial del primer comienzo, que como bien destaca Heidegger, no es lo más temprano sino lo más tardío, y lo más tardío no es aquello que llega tarde sino eso que se toma su tiempo en llegar.

En referencia al acto analítico decimos que es singular en tanto único en cada acto.

Repito: El acto analítico es un asunto de sujeto en tanto definido, mejor deberíamos decir puesto en acto, por un psicoanalista. Es por la vía del acto y en el acto, que el analista participa como objeto en el campo del inconsciente, esto es que puede encontrarse a nivel de los efectos

del lenguaje. Dicho más contundentemente: el acto analítico es lo que se espera de un analista. Sujeto de una operación significativa cuya falla deja un resto que en tanto semblante potencia la intervención analítica. Insistimos en decir que el “hacerse hacer objeto a con el objeto a del analizante”, bajo transferencia potencia la intervención en acto del analista.

Permítanme invitar al filósofo italiano Emanuele Severino y decir que en el acto psicoanalítico propio del discurso del analista, se pone en juego la potencia del errar significativo al igual que se pone en juego del lado del analista, la potencia de ese desprendimiento llamado objeto a. Ambos, sujeto dividido y objeto a, alojados en la neurosis, bajo el amparo y el consuelo del fantasma fundamental.

El acto analítico conmueve, altera esa inercia del “estar” fantasmático, y no es sin horror y sin cierto “dolor” que el analista paga, además de pagar con su persona, tal como plantea Lacan en “La dirección de la cura”, haciendo del acto el principio de su poder, el de la cura, se entiende. El analista resulta entonces un “instrumento” de esa operación que abre a un “Otro” pensar (*) y que tal vez no resulte exagerado decir que se trata de un “pensar” del objeto a. Otro “pensar” que siguiendo a Heidegger en el último tramo de su conferencia acerca de “La Cosa”, nos recuerda que no se trata necesariamente de las maquinaciones del hombre. Por qué no decir aquí que no se trata de ellas en el discurso del analista. Eso por supuesto no invalida que ocurra en los otros tres, y que no ocurra por eso sin la “vigilancia atenta” de la atención parejamente flotante que requiere la posición analítica.

Se me ocurre y sepan tolerar por favor esta ocurrencia, que ese “paso atrás” en tanto salida de un pensamiento que solo representa, es decir que solo explica, alude más allá de la intencionalidad de Heidegger a ese pensar inconsciente que rememora en acto y por las vías de la repetición. Un “paso atrás” que co-implica a la afirmación entendida psicoanalíticamente. Un “paso atrás” que tal como destaca Heidegger en *Identidad y diferencia* da muestras del modo de movimiento del pensar, en un largo camino que el psicoanálisis propone recorrer no sin resistencia y no sin horror por parte del analista, y no sin angustia y sin alguna inhibición o algún síntoma de parte del analizante. Podríamos decir siguiendo el referido texto, que el llamado “paso atrás” determina el carácter de semblante de ese “diálogo” que caracteriza al discurrir analítico.

Parafraseo a Heidegger y lo transfiero al psicoanálisis diciendo: En la medida en que ese “paso atrás” determina el carácter de nuestro diálogo con la historia del pensar occidental, conduce en cierto modo a un pensar fuera de lo que hasta ahora ha sido pensado. Conduce a aquello que “todavía”, “siempre”, “aún” está por pensar. Un pensar acerca de lo real.

Convendría recordar, y esto como para desalentar viejas pero renovadas posiciones “*avant-coup*”, por ejemplo la del diagnóstico médico-psiquiátrico, muchas veces revestido psicológicamente de psicoanálisis, que por más advertido que se considere un analista, solo descubre el sitio topológico al que lo conduce el “paso atrás” cuando tal paso se consuma. Ni antes ni después sino cuando el “paso atrás” ya está dado. De todos modos “que el león salte una sola vez”, no quiere decir que por ello sea la única; también se cuenta con la repetición. El acto analítico se presenta como la paradoja de la repetición en un solo trazo, ese efecto que es topológico permite

presentar que el sujeto en el acto sea identificado al significante y por otra parte que la repetición intrínseca a todo acto se realice en el seno de la estructura por el efecto de retroacción. La repetición en tanto engendra a un sujeto como efecto del corte, se liga a la caída del objeto **a** que el psicoanalista está llamado a situar en el “discurso del analista”.

¿Qué prepara a un analista destinado a instaurar una experiencia, la analítica, en la cual tiene que deponer su persona en nombre de esa función tercera que es el objeto **a**, objeto clave en la determinación del deseo? Respondemos que ineludiblemente (solamente Freud vale como excepción) su propio análisis en tanto experiencia del “des-ser”, de pérdida pura, de escoria. Esa “desposesión” consentida que funcionará como razón necesaria respecto del saber del analista, recorrerá con diferentes nombres tales como “des-ser”, “desapego”, “destitución subjetiva en su salubridad” recorrerá, decía, los senderos de una formación que en tanto formación del inconsciente, requiere al analista como soporte, soportando ese más allá del narcisismo que implica la renuncia al goce. También podríamos decir que se trata de una disposición a estar a la espera sin expectativa de algún sentido o de alguna realización que no sea la de la asociación libre atendida flotantemente y que produce al sujeto del inconsciente. Relean el debate de Heidegger en torno a la *Serenidad*, encontrarán, sospecho, una perla analítica. Dicho de otro modo y siguiendo en el planteo heideggeriano, podríamos decir que “deseo del analista” mediante, este, el analista, no pretende atrapar ningún signo como sostén. Solo lo insólitamente singular posiciona al objeto desde la “palabra sin imagen”, desprendido de la tentadora imaginarización de la palabra. Aquí es pertinente decir, citando a Heidegger en sus *Pensamientos poéticos* que el “paso atrás” nos pone ante la localidad de la *Alétheia*. Dicho freudianamente, nos pone frente a las formaciones del inconsciente, que dicen en lo dicho las verdades del decir de cada analizante.

Como para ir concluyendo respecto del acto, dos cuestiones que tomé de un autor que para mi gusto hospeda desde otro lugar varias ideas que hacen al pensar psicoanalítico. Me refiero a Julius Evola, quien en un pasaje de *Cabalgando el tigre*, denominado “El actuar sin deseo”, y que desde nuestra perspectiva psicoanalítica bien podríamos denominar “el actuar con el deseo del analista” nos ofrece dos máximas respecto del acto que bien pueden compartirse con Freud, con Heidegger y con Lacan:

1) Actuar sin tener en cuenta utilitariamente el éxito o el fracaso, la victoria o la derrota, la ganancia o la pérdida, la aprobación o la desaprobación ajena.

2) Actuar sin actuar. El verdadero sujeto de la acción es aquel al cual la misma debe su fuerza motriz primaria y que la sostiene y guía desde el comienzo hasta el final. Afirmamos aquí que el “sujeto” del acto analítico, desde el comienzo hasta el final, aunque no todo el tiempo, es el objeto **a**.

Dijimos anteriormente que en cada uno de los discursos, el del amo, el de la histérica, el de la universidad y el del analista, anida tanto el peligro como la posibilidad. Respecto del discurso analítico, el horror al acto implica, creo, coligadamente el un “no paso atrás” cuya consecuencia podrá ser el congelamiento y la “eternización” de la posición de objeto **a**.

FUNDACIÓN CENTRO PSICOANALÍTICO ARGENTINO

Coordinación general: Rogelio Fernández Couto

Para finalizar, me pregunto con las palabras de Heidegger en sus *Pensamientos poéticos*: “¿Nos está permitido osar dar el paso atrás, cuya senda entre tanto se ha mostrado más claramente? ¿Nos hemos llegado a sentir en casa en la región de la ascendencia del pensar, nos hemos familiarizado con su dictado, hemos sido introducidos en la riqueza de un preguntar adecuado?”. Apenas, nos responde Heidegger. Un apenas que no es de penar, sino de trabajo, una labor constante que implica una praxis de lo simbólico sobre lo real, cuya cura por añadidura, entre otras cosas, cura el temblor de “un paso atrás”.

(*) Es este término el que Lacan utiliza en su seminario acerca del acto. Término que en cierto sentido implica el peligro de la per-versión del discurso del analista.